El olor de las metáforas

Jesús Campos García

ADULTO *sentado en una silla frente al público, bajo una luz cenital.*

ADULTO

¿Lo que pienso? ¿Quieren que les diga lo que pienso? Pues no es lo que más me conviene. Ahora, si es lo que quieren, se lo diré. *(Pausa.)* Antes, siempre, cuando me imaginaba una cárcel, lo primero que se me venía a la mente eran las rejas. Con el cine, me había hecho a la idea de que lo peor de las cárceles eran los cerrojos, el ruido de las puertas. Y no es así. Fue entrar en la celda y enseguida me di cuenta de que lo peor iba a ser la letrina. El olor a letrina. Y no por el olor en sí, sino por lo que podía llegar a significar.

No, no hay nada tan insoportable como sentir que formas parte de la cloaca. Que eres un excremento insuficientemente ventilado. Es... Es el convencimiento de que tu vida aquí va a formar parte de esa pestilencia; eso es lo insufrible: saber que eres parte de esa fetidez... atenuada. Acabas por acostumbrarte –se acostumbra uno a todo–. Es más: con el tiempo, llegas a preguntarte si no será la pestilencia la que forma parte de ti. *(Queda pensativo.)* No sé, lo cierto es que peor aún que sentirte preso, es sentirte culpable. Claro que ese es un sentimiento impreciso que uno no acaba nunca de asumir. En cambio, el olor a letrina... eso es incontestable. Y ya, ya sé que puede parecer contradictorio, pero es que es contradictorio.

(Tras una pausa.) Cuando llamaron a la puerta y se identificaron, no recuerdo haber tenido el más mínimo sentimiento de culpabilidad. De sorpresa, quizás; incluso de indignación, pero no de culpabilidad. Cogieron los archivos, el disco externo, la unidad; todo lo que constituía el cuerpo del delito. Es lo que dijeron. He borrado de mi mente lo que ocurrió en comisaría. También el juicio lo recuerdo borroso. Y sí, la prensa se hizo eco, pero como sólo figuraban las iniciales, tampoco entonces tuve claro que el “degenerado” al que se referían era yo. Creo que, si no es por el olor de la letrina, jamás hubiera sido consciente de la realidad.

Fue entonces cuando sentí la necesidad de justificarme. De encontrar un argumento que me ayudara a sobrevivir. Y lo encontré; cómo no; aquí todo el mundo tiene un argumento con el que defender su inocencia. Pero no se confundan, ahora no trato de justificarme, ya pasé esa etapa. Me importa más saber por qué ocurrió; por qué una persona de mi edad, con una vida razonablemente ordenada –en todos los sentidos– y con una sexualidad, digamos, proporcionada, iba a desarrollar ese instinto de cazador. Sí, créanme, algo atávico; que me pasaba las horas persiguiendo menores de los cinco continentes como si fuera un cazador. O un coleccionista. Creo que llegué a tener diecisiete mil archivos. Ah, no, no se espanten; esa es una cantidad relativamente modesta; hay quien tiene muchísimos más. Yo es que apenas llevaba un par de años.

Fue un reportaje en televisión lo que despertó mi interés. O más exactamente, una serie de reportajes. No digo que fuera una campaña de promoción, aunque no se me ocurre qué podían haber hecho que tuviera más eficacia. Aquellas fotos insuficientemente pixeladas surtieron el efecto previsible. Siempre las veladuras... ya saben, las gasas son mucho más sugerentes. Y fue por esto, y no por ver catálogos de libros –trabajo... trabajaba en una librería– por lo que contraté Internet.

¿Se han preguntado alguna vez cómo sería la red, quiero decir, su magnitud, si sólo se utilizara para acceder a las cuentas bancarias, consultar diccionarios, buscar hoteles y otras cosas así?

Pero no, no es eso, no trato de eludir mi responsabilidad señalando a las mafias con sus prostíbulos virtuales, o a las empresas respetables que miran para otro lado. Tampoco quiero entrar a discutir sobre si se pueden o se deben filtrar los contenidos. Tengo más que asumido lo de la sociedad hipócrita y la doble moral. Es tan de cajón, que lo normal es que te detengas en este punto, creyendo que lo entiendes, que ya sabes de lo que va. Fuera es lo que pensaba, pero el olor a letrina te exige una explicación más elaborada; más a la altura de este “refinamiento”.

No, no es sólo el negocio –que también– la única razón por la que se pone en marcha todo este tinglado. Como tampoco creo que me tengan aquí encerrado porque a nadie le importe mi rehabilitación. Cualquiera que haya estado en la cárcel sólo un día sabe que esto no tiene nada que ver con la rehabilitación. Ayer lo entendí, mientras mi compañero de celda utilizaba la letrina. Esa transferencia de olores me lo aclaró. El fin último de esta “maniobra” no es que yo me sienta culpable, sino que los millones de personas que diariamente se descargan este tipo de

archivos se sientan culpables; no que dejen de hacerlo, eso no, sino que se sientan culpables. Sí, sí, que no dejen de hacerlo, eso he dicho. Y es que es así; nadie tiene interés en que esto acabe. Miren, si realmente quisieran que acabara, lo impedirían: bastaría con filtrar esas páginas; en China lo han hecho; luego, posible, es. Y ya sé, lo sé, que este tipo de comentarios no me favorece. Pero es lo que pienso. Que no es que no quiera que me concedan la condicional; a ver, si no; pero ustedes me han pedido que diga lo que pienso, y yo... Me costaría muy poco mostrar arrepentimiento: millones de niños forzados o engañados o vaya usted a saber, dan para mucho arrepentimiento. Pero les digo lo que antes: basta con pisar el tercer mundo un solo día para saber que no es por los niños, que los niños no le importan a nadie.

En fin, supongo que tendré que seguir dándole vueltas a esto –aquí sobra tiempo para pensar–, porque no crean que es esta la única contradicción oferta-castigo con la que nos enredan para que nos sintamos culpables. Perdonen si les incluyo, espero que lo entiendan, pero ¿no han tenido nunca esa sensación? ¿No han sentido que por una parte les seducían y por otra les censuraban? Claro que lo mismo es que yo lo veo así para justificarme. Pero es que lo veo así: ser culpable es otra forma de no ser libre. Y no hay que encarcelar a todo el mundo, basta con unos cuantos, y todos pierden la libertad. Es como si lo ideal fuera gobernar un mundo culpable. Y es que si te sientes culpable, difícilmente eres acusador. Y además, es negocio. Genial. Como estrategia, es perfecta. Tu culpabilidad no sólo te desactiva, sino que, además, es rentable, produce beneficios. Y no es que yo crea que esto sea el fruto de una conspiración, no estoy tan loco –y eso que aquí es fácil enloquecer–, no; un plan tan perfecto sólo puede ser fruto de la casualidad. Se sabría, sería imposible que pasara inadvertido. Otra cosa ya es la casualidad consentida. Es que es perfecto: lograr que todos nos sintamos culpables y, al mismo tiempo, pasar inadvertido. Sólo se les escapó un detalle: el olor como metáfora.